



El hispanismo en Holanda: poner puertas al campo

Maarten Steenmeijer
Radboud University, Nimega, Holanda

Holanda es, como es comúnmente sabido, un país pequeño rodeado y atravesado por el agua. No es difícil, pues, explicar el espíritu abierto, mediador y comercial del que tienen fama sus habitantes y el concomitante poliglotismo que éstos solían lucir, estimulado por la política oficial que prescribió el francés, el inglés y el alemán como asignaturas troncales para todos los alumnos de la enseñanza media. A partir de los años setenta, sin embargo, los sucesivos ministros de Educación no pararon de introducir cambios (reducciones, en la mayoría de los casos) en el currículum. Los efectos fueron tan nocivos que, hace poco, dio motivo a una protesta masiva en la sociedad holandesa, razón por la cual el gobierno del país no tuvo más remedio que anunciar una encuesta parlamentaria para hacer un balance crítico de la gestión educativa llevada a cabo hasta el momento.

Los idiomas han sido una de las víctimas más destacadas de este afán presuntamente renovador abrazado por la política. La lamentable

consecuencia es que de las dos o tres generaciones que sufrieron los cambios en los nuevos programas educativos, sólo una minoría domina el francés o el alemán de una manera más o menos decente (y esto es un decir, teniendo en cuenta el creciente número de estudiantes que tiene problemas con el francés y el alemán al dar los primeros pasos en las carreras de Filología Francesa y Alemana, respectivamente). El único idioma que se ha salvado es el inglés, que sigue siendo una asignatura obligada para todos los alumnos de la enseñanza secundaria.

Curiosamente, en el curso de todos estos años apenas ha cambiado la presencia del español en la enseñanza media. Igual que hace treinta años, sigue siendo 'el idioma del futuro'. Se trata, sin embargo, de un futuro que se niega a concretizarse pues – por poner un ejemplo - a diferencia del francés y el alemán, el español no figura entre las asignaturas optativas que los colegios están obligados a ofrecer a sus alumnos. Es sólo en las escuelas superiores y en las universidades – en cinco de ellas hay un departamento de Hispánicas: Ámsterdam, Utrecht, Leiden, Groninga y Nimega - donde queda claro inequívocamente que se trata de un idioma muy cotizado por los alumnos puesto se ha convertido en el segundo idioma extranjero más elegido entre ellos (el primero es, claro está, el inglés).

A pesar de este interés no han faltado ocasiones para comprobar que incluso en las universidades la posición del español es menos segura y menos evidente que la de los tres idiomas extranjeros 'tradicionales' (a lo cual hay que añadir que el alemán es un caso especial y muy preocupante debido al interés dramáticamente disminuido entre las nuevas generaciones de estudiantes). Así, en los años ochenta – década en la que, paradójicamente, el interés por las carreras de Hispánicas llegó a su cenit – tres de los cinco departamentos estaban por ser cerrados a causa de las reducciones financieras impuestas por el gobierno. Afortunadamente, la 'operación cierre' no se materializó, pero sus consecuencias no carecieron de importancia. Así, el departamento de Leiden tuvo que abolir su programa de Filología Española y desarrollar su currículum de lenguas y culturas de Latinoamérica. El departamento de Groninga sólo se salvó gracias a la fusión con los departamentos de francés e italiano en un nuevo departamento bautizado "Lenguas y Culturas Románicas", y el de Ámsterdam se vio obligado a minimizar su programa hispanoamericano y concentrarse en su currículum peninsular.

A partir de entonces los departamentos de español se han enfrentado en más de una ocasión con planes y medidas de reducción parecidos, aunque – toco madera - sin consecuencias mayores hasta ahora (la más llamativa es que en la universidad de Nimega, siguiendo las huellas de la de Groninga, los departamentos de francés y español se fusionaron en un departamento de Lenguas y Culturas Románicas a principios del nuevo milenio). Teniendo en cuenta la política desalmada con respecto a las universidades y, además, el descenso agudo de los números de estudiantes, no sería exagerado afirmar que es poco menos que un milagro que hoy en día siga siendo posible hacer la carrera de Hispánicas en cinco universidades holandesas (vuelvo a tocar madera). Este descenso es, en realidad, un fenómeno generalizado en el que están implicadas casi todas las carreras de Letras, y cuya gravedad se ejemplifica en el hecho de que, en el curso de la primera mitad de los años noventa, el número de estudiantes bajó en un 50%. Las cifras más recientes indican que en los últimos años, esta tendencia a la baja parece invertirse (aunque sea levemente) pues entre los estudiantes más jóvenes cabe apreciar un sutil ascenso del interés por el hispanismo y, en general, por las carreras de Letras.

Aparte de los números de estudiantes – que desgraciadamente sigue siendo el único criterio de financiación – son preocupantes las proporciones de la carrera, pues si hace algunas décadas ésta era de seis años, ahora sólo es de cuatro: un *bachelor* de tres años y un *master* de un solo año. Es cierto que algunas facultades ofrecen un *research master* de dos años, pero sólo son capaces de hacerlo gracias a la estrecha colaboración entre distintos departamentos que comparten una parte sustancial del currículum.

Esta tendencia centrífuga no sólo se da en el programa del *research master* sino, de hecho, en todo el currículum. En un intento casi quijotesco de impedir que, dadas las circunstancias presupuestarias inseguras y cada vez más difíciles, empobrezca aún más la oferta de carreras, las facultades de Letras van derrumbando los muros entre los distintos departamentos y disciplinas, introduciendo más y más asignaturas generales que figuran en varios o incluso todos los programas de las carreras específicas (Filosofía, Teoría Literaria, Historia, Lingüística General). Además, se ofrecen más y más posibilidades a los estudiantes de sustituir cursos de la propia disciplina por los de otras.

El problema es doble: hay menos estudiantes y, además, ha disminuido el subsidio por estudiante suministrado por el estado. No cabe duda, pues,

de que si han sido nocivas las renovaciones realizadas en la enseñanza media, no es menos dañino el abandono de la enseñanza superior perpetrado por los últimos gobiernos holandeses, responsables de que nuestro país amenace perder la posición privilegiada entre las economías de conocimiento que solía tener. Teniendo presente las dimensiones más bien modestas del hispanismo en un país de pocos habitantes como Holanda, es casi inevitable que las reducciones presupuestarias hayan llegado a afectar las raíces de nuestra disciplina. Baste examinar el estado de las cosas en las cátedras de los respectivos departamentos para comprobar que los cambios no sólo han sido cuantitativos sino asimismo cualitativos. Si en los años dorados solía haber dos cátedras (en la mayoría de los casos una de lingüística y otra de literatura), ahora no hay más que una en cada uno de los cinco departamentos de Hispánicas. Llama la atención, además, que los perfiles de las cátedras hayan llegado a ser más o menos homogéneos, y ello en dos sentidos: se prefiere a los hispanistas de orientación generalista mientras que el enfoque principal son las literaturas y culturas hispánicas modernas. La diferencia entre las cátedras estriba en que la de Ámsterdam se centra en la literatura y cultura españolas, la de Leiden y la de Utrecht en la literatura y cultura de Hispanoamérica y la de Groninga y la de Nimega en ambos campos. Con este estado de las cosas, especializaciones esenciales como la lingüística, la filología y la literatura y cultura de la Edad Media y del Siglo de Oro han perdido mucho terreno si no es que estén en vías de extinción en las universidades holandesas.

No faltan razones, pues, para hundirse en la nostalgia o para amargarse. Sea como fuera, sería ingenuo y poco productivo quejarse e insistir en que el hispanismo no tiene futuro sin una fuerte presencia de las antiguas especializaciones, y ello por tres razones. En primer lugar porque incluso en los años dorados, las facultades de Letras holandesas tuvieron que contentarse con una representación de las disciplinas hispánicas que distaba mucho de ser completa. En segundo lugar porque faltan - y seguirán faltando, si las apariencias no nos engañan - la masa y el dinero que harían posible una representación más adecuada. Y en tercer lugar porque el propio hispanismo, además de cambios cuantitativos, está - y no dejará de estar - sufriendo cambios cualitativos (enfoques, temáticas, teorías). No nos engañemos, pues: por definición, practicar el hispanismo en Holanda era, es y seguirá siendo poner puertas al campo. De ahí que, a mi juicio, lo más

apropiado sería enfrentar el estado de las cosas, ponderar las nuevas perspectivas que se ofrecen y aprovechar sus posibilidades.

Me parece oportuno recalcar que la necesidad de colaborar con otros departamentos – motivada por razones económicas, bien es cierto – no carece de beneficios para los estudiantes de Hispánicas. Es importante recordar que en los tiempos dorados no solía abundar la reflexión teórica en los programas de estudio, para decirlo en términos eufemísticos. Sin ir más lejos, el que suscribe – que hizo la carrera en los años setenta en la universidad de Leiden - no se apropió de los conocimientos básicos de la teoría literaria gracias al currículum de Hispánicas, sino por iniciativa e interés propios. También conviene tener presente que la gran mayoría de los estudiantes de Hispánicas no suelen tener la ambición ni las capacidades para realizar una carrera académica profesional. Van a trabajar en puestos que, más que destrezas académicas específicas, requieren destrezas académicas básicas, como son la comprensión de conceptos e ideas, la capacidad de analizar, relacionar, evaluar y sintetizarlas, seleccionarlas y operacionalizarlas de la manera más adecuada y, por fin, de presentar de forma clara, coherente y concisa los resultados de sus proyectos. Esto no sólo vale para los que encuentran un empleo en campos de trabajo ajenos al hispanismo - la comunicación, las relaciones públicas, el mundo editorial, la diplomacia, el comercio - sino también para los que ambicionan un empleo que requiere conocimientos y destrezas más específicos (traductor; profesor de español en la enseñanza media).

Tampoco es cierto que, por definición, la ‘apertura’ de los programas hispánicos vaya necesariamente en detrimento de los estudiantes con ambiciones académicas propiamente dichas. Al contrario. Gracias a los contactos de colaboración elaborados por sus departamentos de origen, se les ofrece la posibilidad de conocer a otros docentes y otros enfoques teóricos. No es mi propósito negar o escamotear los vacíos en la oferta que se han producido en el propio terreno académico, el hispanismo. Nada más lejos de mi intención, pero creo que estos vacíos no son difíciles de llenar gracias a la gran paleta de programas de intercambio interuniversitario desarrollados en el curso de los últimos años. Gracias a la gran movilidad actual, para los estudiantes capacitados y motivados es perfectamente posible encontrar a especialistas en otras universidades dentro o fuera del país (a condición de que, claro está, en la fase inicial a los estudiantes no les falte la imprescindible ayuda guiada de los docentes de su departamento de origen).

Es casi una obviedad agregar que no son sólo los estudiantes los que sacan provecho de esta movilidad sino también los docentes hispanistas, que, más que nunca, se ven estimulados a ampliar su horizonte gracias a los contactos intensificados con los colegas locales, nacionales e internacionales. Ya podemos comprobar un importante cambio de clima gracias a las distintas formas de intercambio y movilidad -de duración corta o mediana en la mayoría de los casos, aunque se aprecia un crecimiento de las de duración larga, como atestiguan la emigración de hispanistas formados en Holanda a universidades norteamericanas y la inmigración de hispanistas belgas a nuestras universidades en los años recientes. Este fenómeno forma parte de una notable intensificación de la colaboración entre los hispanistas holandeses y sus colegas belgas.¹

No es una casualidad, por otra parte, que desde hace algún tiempo el número de hispanistas hispanohablantes nombrados en Holanda haya bajado considerablemente. Según parece, es la consecuencia de una política deliberada de las universidades holandesas que tiene su origen en el hecho de que muchos de los hispanistas de ascendencia española o hispanoamericana apenas se esforzaran por aprender a hablar y escribir holandés. Por esta razón, muchos no eran capaces de ocuparse de las tareas de dirección, gestión y administración que, como es notoriamente sabido, se han incrementado de forma espectacular y alarmante en las últimas décadas. No es de sorprender, pues, que los pocos nativos nombrados más recientemente sí dominen el holandés y, de este modo, estén mejor integrados en la vida académica local y nacional que sus antecesores.

A la luz de lo anterior, me gustaría concluir que si el hispanismo holandés tiene una cara, ésta se caracteriza por tres rasgos sobresalientes: su pequeña escala y, corriendo parejas a ésta, su movilidad y su flexibilidad. Por ahora, nos bastan para seguir poniendo puertas al campo.²

¹ Frutos de ella son, entre otros, la colección de estudios académicos *Foro Hispánico* (<http://www.rodopi.nl/senj.asp?SerieId=FORO>) y la reciente fundación de la Asociación de Hispanistas del Benelux

(http://hispanismo.cervantes.es/Asociaciones_ficha.asp?DOCN=155).

² Para un esbozo de la historia del hispanismo en Holanda remito a Hermans, que incluye una amplia bibliografía sobre el tema.

Referencias

Hermans, Hub. "Con la guerra nació el hispanismo en Holanda". *Memorias para el futuro. I Congreso de Estudios Hispánicos en el Benelux* Ed. Robin Leyere. Bruselas: Ministerio de Educación y Ciencia de España – Université Libre de Bruxelles, 2005. 53-68.

